

EL FOMENTO SISTEMÁTICO DE LA DESCONFIANZA
Un modelo experimental de televisión dirigida
a la infancia y la adolescencia

ENRIQUE GASTÓN
UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

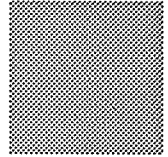
Dado que los niños reciben mensajes condicionadores antes de tener las facultades críticas formadas, se propone experimentar con un modelo de televisión que les permita desconfiar sistemáticamente de cuanto dicen los adultos, incluido su lenguaje.

Palabras clave:

- Televisión infantil.

EL FOMENTO SISTEMÁTICO DE LA DESCONFIANZA.

Un modelo experimental de televisión dirigida a la infancia y adolescencia



Enrique Gastón

Posiblemente para no atentar contra la estabilidad emocional de los niños, casi todas las culturas intentan evitarles una excesiva desconfianza hacia los adultos. Entre los valores sociales más generalizado figura el de no mentir excesivamente a los menores, de quienes se pretende que tampoco mientan. Sin embargo, hay razones hoy para justificar una experimentación de lo contrario: hasta determinada edad los seres humanos no tienen las facultades críticas formadas, para poder razonar suficientemente sobre los mensajes que reciben. Pero mientras tanto, hay demasiados estímulos para frenar el desarrollo de su sentido crítico. En la programación infantil de televisión hay excesivos mensajes cerrados. Incluso mensajes cerrados en contextos de fantasía. Lo muy claro, lo muy exacto, lo muy evidente, lo considerado como verdadero, es algo que puede frenar la imaginación, reducir la fantasía y propiciar actitudes dogmáticas: pone límites a la tolerancia y a la creatividad. Y lo que resulta peor, puede ser muy aburrido.

Haçe más de veinticinco años, Jacques Ellul se ocupó de este tema dando un diagnóstico verdaderamente pesimista. Consideraba una primera fase a la etapa en que uno puede percibir mensajes sin entender bien su significado ni poder someterlos a un razonamiento crítico, y concluía:

«La primera fase ha puesto al hombre a disposición de la propaganda. Antes de que pueda llegar a la segunda, se encontrará en un universo de propaganda¹».

Como cualquier programa infantil de televisión, la experimentación que se pretende habría de concurrir con otras muchos que, por acumulación de imágenes, condicionan las audiencias.

La hipótesis inicial de esta propuesta es que, dado que los niños reciben tantos mensajes, conviene generarles ciertas defensas.

Que desde muy pequeños puedan poner en tela de juicio casi todo lo que reciban. Que vayan aprendiendo a no creerse gratuitamente nada de cuanto les dicen los adultos. Ni siquiera su lenguaje. Si esto pudiera aparentemente atender contra los valores indicados al principio, no es menos cierto que la concurrencia con tan abundante programación en sentido contrario equilibraría sobradamente sus eventuales efectos negativos.

Existen precedentes de esta clase de intentos. El efecto humorístico que supone plantear ciertos absurdos para que el niño saque su propia verdad, ya se utilizó en los primeros capítulos de la serie americana *Sesame Street*, a comienzos de los años 70. Y por estos años en la televisión sueca hubo experimentos más radicales. Es posible plantear a un niño si un tractor produce o no más leche que una vaca. O si una sardina da o no mejor música que un violín. Para después mostrarle vacas secas junto a tractores de los que salen ríos de leche, y sardinas de las que se extraen melodías con sólo acariciarlas, junto a violines mudos. El niño sabrá que le están engañando y, en general, se divertirá. El sexo, la edad, los pretendidos valores morales, la vida económica, los objetos y el mundo natural, pueden sistemáticamente ser considerados de manera contraria. Y esto de forma que el niño pueda darse cuenta; que no se sienta engañado por las distorsiones; que sea consciente de que le están engañando y pueda aportar, al menos mentalmente, su verdad. Se pueden inventar palabras y alterar sus significados. Después de bastantes años investigando y reflexionando sobre el tema, he llegado a la conclusión de que una complejidad aparentemente exagerada, puede ser interpretada por los niños, de forma coherente, desde muy

temprana edad. Puede resultar beneficioso enfrentar a los niños con la complejidad, lo antes posible.

Hay algunos elementos en las programaciones infantiles de los que no resulta fácil prescindir. Precisamente por la inevitable concurrencia de otras series. Cuando el condicionamiento de la audiencia es alto, si no se ha superado se corre el riesgo de perder el interés de los niños en cuanto no se consideren actitudes muy formadas. Por ejemplo, se puede renunciar a la violencia; pero no a una cierta intriga en la que participan buenos y malos.

La tradición histórica sobre el género infantil, que esta reforzada por una abundante justificación teórica sobre socialización, desarrollo moral y desarrollo psíquico, ha hecho del maniqueísmo «buenos-absolutos versus malos-absolutos», con los ingredientes añadidos de agresiones, miedo y violencia, y con la victoria final de los buenos, algo plenamente arraigado.

En la presente propuesta hay unos malos, explícitamente malos, para permitir cierta intriga; pero sus maldades serán mínimas: intentar ensuciar los zapatos de un abuelo o impedir que un niño pueda festejar con su familia los suspensos que ha tenido, por ejemplo.

Otro elemento que hay que afrontar es el de la dialéctica competición-cooperación, egoísmo-altruismo, comportamiento dirigido a metas personales-comportamiento prosocial. La mayor cantidad de tópicos de la literatura infantil suele glosar estos temas. No hay pruebas empíricas que avalen una gran eficacia a esta clase de mensajes socializadores, a la hora de propiciar generaciones de niños más generosos. Si en este modelo las actitudes prosociales aparecen en un contexto más positivo, no ha sido intencionado: dirigiéndose a niños cualquier esfuerzo por no manipular en ninguna dirección es, incluso éticamente, mejor. Aparte de la ineficacia, a largo plazo, de las propuestas ideológicas no asumidas espontáneamente por los niños. Dentro del señalado objetivo de facilitar una actitud crítica, puede haber algún caso de contradicciones debidas a la dificultad de que los contenidos de cualquier mensaje sean neutros. Así, por ejemplo, la serie tiende a mejorar las relaciones entre las jóvenes generaciones y los ancianos, lo cual no es plenamente imparcial; aunque sí podría resultar equilibrador

de las actuales actitudes, muy negativas hacia los viejos en nuestra cultura, y que han sido ampliamente fomentadas.

Sobre los temas más conflictivos de los derechos humanos, como el racismo, la xenofobia, el sexismo, la libertad, etc., resulta tentador adentrarse en ellos para aportar ciertas dosis de propaganda moralizante. Se intenta no incurrir en ello. La postura que se procurará será la de llevar los temas al absurdo permitiendo que sea el niño quien juzgue. Como en toda obra en la que tiene que aparecer cierta imaginación creativa, hay en ésta contenidos latentes que escapan a cualquier racionalidad intencional. No puede ser de otro modo y parece bueno que así sea.

El lenguaje cinematográfico utilizado es deliberadamente rápido. No se detallan las situaciones, entre otras razones para evitar que su percepción sea muy sencilla y aumentar la complejidad. Tampoco los nexos entre unas y otras escenas tratan de ser lógicas. Todas las escenas guardan una relación, aunque no necesariamente lógica. Se presume que los niños pueden disfrutar con las secuencias no lineales.

La trama argumental es mínima, para que los temas puedan transcurrir con la mayor libertad y fluidez: una poderosa organización quiere ensuciar los zapatos al abuelo de los protagonistas. Al final no lo consiguen. Pero con este motivo resulta posible mostrar una serie de tópicos que los niños no van a creer. Tópicos como que los adultos dan regalos y hacen grandes fiestas cuando los niños fracasan en los estudios; como que la gente prefiere estar en la cárcel que fuera; que lo bueno en las olimpiadas es hacer muchas trampas; que los adultos prefieren las piernas ortopédicas a las suyas propias, y se las dejan cortar para invertir todo su dinero en las mecánicas; que las tortugas cantan ópera. La idea motriz es buscar la desconfianza. Y hacer que los niños la vean como algo posible.

Título general de la propuesta

Las excursiones del abuelo. (puede ser cualquier otro que no tenga excesiva relación con lo que acontece).

Protagonistas principales

El abuelo

Una niña de unos 10 años. Vestida de colores brillantes. Su vestuario deberá ser, en general, muy elegante, dentro de

la mayor audacia vanguardista que pueda conseguirse. Su casa y todo cuanto la rodee dependiendo de ella responderá a una estética avanzada. Irá a contracorriente: casi de etiqueta en las situaciones informales y muy informal en las protocolarias. Tiene gafas tipo Quevedo y con frecuencia un pañuelo en la cabeza. «El Abuelo» no es un alias de la niña. En la serie es realmente el abuelo.

La profesión del «El Abuelo», que no ha querido jubilarse, es Profesor de Geografía, en una Facultad de Medicina, Baile y Cocina; pero domina todas las profesiones y oficios, especialmente artísticos. Un poco a la manera del *Pedro Saputo*, de Braulio Foz.

Cuando El Abuelo diga, «en mis tiempos», significará fuera del tiempo. Podrá igual referirse a la Prehistoria, al siglo XI, a los años 60 o al siglo XXVII.

Los nietos

Fermín y martina. Son hermanos gemelos. Deberán estar representados por dos personas que no se parezcan en nada. Si es posible de razas distintas. Fermín aparentará unos 18 años. Martina unos 12. Son estudiantes. No tienen oficio conocido, aunque también ellos, como casi todos los que vayan apareciendo en la serie, hacen de todo.

La madre

Es un niño de 7 años. Vestido siempre de manera muy informal. Con frecuencia semidesnudo o desnudo del todo.

El doctor sensato

No aparecerá en toda la serie, aunque constantemente haya referencias a él.

Los cagones

Son los hombres del servicio secreto del Dr. Sensato. De todas las razas, edades y sexo. De todas las profesiones. No son necesariamente sensatos ni necesariamente malos.



Escena 1^a

Inmediatamente después de la presentación de la serie. El Abuelo paseando por la calle de un pueblo rural de secano, se dirige a una tienda en cuyos rótulos se lee: «LA CALCETINERA. Los mejores calcetines del Reino». Y entra.

Escena 2ª

Interior del establecimiento.

El Abuelo. Buenos días. Por favor, póngame un filete de ternera bien tierno.

Vendedora. —Preparándolo con calma, le sirve un helado grande de varios colores— Tenga Abuelo. La mejor carne que tengo.

El Abuelo. Tiene usted unos ojos preciosos. ¿Cuánto le debo?

Vendedora. Son siete tiburones.

El Abuelo. —De un montón de piedras que hay en el suelo, coge una bastante grande y se la entrega—

Vendedora. Lo siento, no tengo cambio.

Un cliente que acaba de entrar. —Ha oído la conversación y se acerca ofreciendo unas piedrecillas— Tenga Abuelo. Yo tengo de las nuevas. Miren que preciosas. Coja las que quiera.

El Abuelo. Gracias. Me llevo cinco. ¿Quiere dar un mordisco?

El cliente. Se lo agradezco; pero soy vegetariano.

Vendedora. —Dirigiéndose al Abuelo— Todavía le faltan tres pijolinas.

El Abuelo. Entonces le firmaré un cheque. —Coge un clavo y una hoja de lechuga, hace unos rayones y la entrega—

Vendedora. Ya está todo. —Tira a la papelera la lechuga y las piedras— Que pase un buen día.

El Abuelo. —Mirando al cliente que le prestó las piedras— Tiene usted unos zapatos muy elegantes. Que lo pasen muy bien. —Sale de la tienda—

Escena 3ª

Martina y Fermín en la cumbre de un monte muy seco. No debe haber ningún árbol. Están tumbados mirando al Sol. Junto a Martina hay dos bicicletas de las de ruedas anchas.

Fermín. ¡Qué maravilla! Poder estar aquí, a la sombra de estos enormes rascacielos. Me encanta el ruido de los motores de los coches. La música de los vecinos a toda potencia. Al ver tantos anuncios luminosos, me doy cuenta de que no hay nada como la gran ciudad.

Martina. Yo no veo tantas cosas. Debe ser que los grandes edificios están a tu lado, porque a mí me está dando un sol de miedo. Fermín. Que mala suerte tienes. Acaban de

regar unas macetas en el quinto piso y me está chorreando el agua con sabor a menta.

Martina. ¿Me puedes pasar una poca?

Fermín. —Haciendo el ademán de salpicarle, como si se tratara de una ola de mar— Sí, claro, está fresquísima.

Martina. Pues a mí me gusta más la de las fuentes.

Fermín. Tenemos que ir a ver al Abuelo. Hace mucho que no le visitamos. —Se pone en pie, se estira. Se sitúa en una esquina de la montaña y con mucha energía grita, como si estuviera hablando a una multitud— ¡¿Cuánto hace que no habéis ido a ver a vuestros abuelos?!

Martina. Le podemos llevar esta flor.

Fermín. Pásame el trilingüe.

Martina. ¿Qué dices?

Fermín. La tomatera.

Martina. Ya te entiendo. —Le da la bicicleta y bajan de la montaña—

Escena 4^a

Interior de la casa de El Abuelo. Dada la importancia social y estética que tiene la vivienda del protagonista en una serie para niños, conviene tener en cuenta lo siguiente: a) no debe contener elementos que impliquen, aunque sea indirectamente, un deterioro ambiental evitable, como plásticos, ni recursos escasos no renovables, aluminio, por ejemplo, ni siquiera excesiva cantidad de cristales. b) Puesto que toda la serie se plantea en un pueblo de unos 300 habitantes, habrá que tener en cuenta muchas ventajas de la arquitectura tradicional, fundamentalmente la impresión de que ha podido estar hecha por uno mismo; la calidad de los muros, la equilibrada relación de maderas, yeso, piedras y barro; la menor presencia de simetría y, por tanto, mayor complejidad visual; la mayor cantidad de formas redondeadas, menos ángulos y esquinas; la belleza de las chimeneas y hogares ancestrales, etc. Sin embargo, esta clase de viviendas presenta algunos problemas que habría que superar: salvo para ciertos intelectuales, no tienen connotaciones de modernidad, sino todo lo contrario. Y se trata, en el personaje de El Abuelo, de ofrecer la imagen más opuesta a los aspectos negativos de lo viejo, lo no alegre, lo no audaz, lo no avanzado en el sentido de comodidad y bien vivir. En consecuencia, en la pintura de

maderas y paredes, en el mobiliario y en toda la decoración, habrá que evitar cualquier purismo imitador de lo ya pasado. Por dar un ejemplo expresivo, habrá que evitar el estilo de los restaurados paradores nacionales. Hay que buscar algo fresco y muy alegre. En las paredes habrá cuadros, procurando que estén representadas las dos grandes tendencias de la abstracción del siglo XX: la geométrica constructivista, en la línea marcada por Klee, Kandinsky, Malevich, Vasareli, López Osornio, Palazuelo, Iglesias; y la más orgánica, incluyendo la abstracción lírica, Poliakov, Lagunas, Rothko, junto a la pintura de acción, Pollock, o la abstracción gestual, con todas sus derivaciones: desde las caligrafías y las tintas esparcidas, hasta el movimiento Gutai, Tápies o las recientes tendencias de paleta parda, de barro, fango y excrementos. La plástica, junto a su interés cultural, es una eficaz forma de defensa frente al convencionalismo. Como entre las actividades de El Abuelo figura la de artista, realizará sus obras con facilidad o dificultad, según los casos, delante de la cámara. Esto requerirá la colaboración de un artista asesor, regularmente. Al comienzo de la escena, El Abuelo estará terminando un cuadro y hablando solo.

El Abuelo. Muy mal. Tengo que rectificar... Así está mejor. Un poco más de amarillo. ¡Ya está! —Cuelga el cuadro en la pared principal mientras suena el timbre. Abre la puerta y entran Fermín y Martina—

Fermín. ¡Abuelo!

El Abuelo. Queridos nietos. —Se abrazan los tres—
Cuantos días sin venir. Tengo muchas cosas que contaros.

Martina. Nosotros también. ¿Me dejas pintar?

El Abuelo. No. Tienes que pensar antes. Cómete esta pera. ¿Qué sabéis de vuestra madre?

Fermín. Estará con los amigos. Luego vendrá.

El Abuelo. Necesito la ayuda de toda la familia. He sido amenazado por el Dr. Sensato.

Martina y Fermín. ¿Quién es ese hombre?

El Abuelo. Un ser terrible. —Se detiene a pensar. Quita el cuadro de la pared. Cuelga un lienzo nuevo en blanco y con una brocha gorda traza un gran círculo negro y semicerrado—.

Escena 5ª

En un casino de pueblo. En varias mesas juegan a las cartas. en una de ellas está La Madre con un hombre y dos mujeres más. Juegan con unas cartas raras y a un juego

desconocido. Como la Madre es un niño, irá inequívocamente vestido de hombre. Todos sus gestos serán de hombre o niño sin la más mínima afectación, aunque represente el papel de una mujer. Mientras juegan se acerca el casinero.

Casinero. ¿No tomáis nada?

Jugador. Una manzanilla.

Jugadora 1ª. Un café.

Jugadora 2ª. Otro café.

La Madre. Una rana con peras.

Jugador. —Dirigiéndose a La Madre— Ya van quedando pocas ranas. ¿Las saben cazar tus hijos?

La Madre. Les enseñé yo.

Jugadora 1ª. Que suerte tuviste de parir gemelos y tan sanos.

La Madre. Yo hubiera preferido quintillizas.

Jugadora 2ª. Pues también es verdad. —Aparece el casinero y sirve a todos. A La Madre le da unas ancas de rana fritas y rebozadas, y dos peras pequeñas—

Jugador. Muchas gracias.

La Madre. —Se pone de pie y lanza con fuerza una carta, golpeando la mesa con el puño— ¡Cogorcio! —Y se pone a comer la rana con los dedos—.

Jugadora 2ª. Paso.

Jugadora 1ª. Paso.

Jugador. Me lo meriendo.

La Madre. —Poniéndose de nuevo en pie y con mayor vehemencia— ¡Otro cogorcio y me meriendo a todos!

Jugador. Vaya suerte.

La Madre. Talento, muchachos, talento. Me voy, a ver que hace la familia. —Se marcha con una pera en cada mano—.

Escena 6ª

Interior de la casa de El Abuelo, donde está éste, Fermín y Martina. Por la puerta, que no está cerrada, entra La Madre.

El Abuelo. Por fin. Ya estamos todos.

La Madre. ¿Qué ocurre?

Fermín. Siéntate y escucha, mamá.

El Abuelo. He recibido esta nota del Dr. Sensato. Toma, léela.

La Madre. —Leyendo la nota— «Nunca podréis con nosotros. Esta vez te ensuciaremos los zapatos nuevos». ¡Qué

horror! —Todos miran los zapatos de El Abuelo, que son estrafalarios, brillantes y con una elegancia propia de otra época— ¿Y cómo sabes que es del Dr. Sensato? Aquí hay un signo muy raro.

El Abuelo. Es su escudo. Los del Servicio Secreto del Dr. Sensato lo llevan tatuado en el culo, y están por todas partes. Son los Cagones. *Fermín.* ¿Son muchos?

El Abuelo. Hay cagones a montones, pero resulta muy difícil reconocerlos, porque casi nunca se dejan ver el culo.

Fermín. Pues les decimos que se bajen los pantalones y ya está.

El Abuelo. No es tan sencillo, no se los quieren bajar.

La Madre. Vaya tontería. Yo me los bajo y no pasa nada. —Lo hace—

Martina. Mamá, que te pueden ver.

La Madre. Que me vean, yo no tengo tatuajes.

El Abuelo. Tenemos que descubrirlos como sea. Siempre he tenido ilusión por mis zapatos. Iremos mañana.

Fermín. ¿Y mi fiesta? Mamá dijiste que celebraríamos mi suspenso.

El Abuelo. ¿Un suspenso?; Qué alegría! ¿Y en qué ha sido?

Fermín. En Geografía.

El Abuelo. Que bien, con mis colegas. Enhorabuena. Dame un beso. Haremos una fiesta maravillosa. Lo primero es lo primero. Después buscaremos a los cagones.

La Madre. A lo mejor acude alguno a la fiesta.

Martina. ¿Les veremos el culo?

Escena 7ª

Al aire libre. En un monte donde va a celebrarse una fiesta. Hay unas mesas con comida, en las que además irán dejando los regalos. Ningún regalo irá envuelto en papel de regalo. Junto a la mesa están los anfitriones, El Abuelo, La Madre, Fermín y Martina. Por los alrededores hay perros de razas mezcladas, no puras, corderos, cabras, un burro, patos, ocas y gallinas. A la fiesta acuden amigos y familiares, pero también desconocidos. Se debe procurar huir de todo lo convencional relacionado con la fiesta: ni banderas ni globos ni pancartas ni serpentinas ni confetti. Excepto La Madre, que irá vestida de forma rara, todos los demás irán casi de etiqueta.

Fermín. Gracias por venir.

Una mujer. ¡Qué grande eres, Fermín! ¿Cómo lo conseguiste?

Fermín. Fue fácil. Me preguntaron por la capital de Bolivia y no la sabía.

la mujer. Es estupendo. —Dirigiéndose a los familiares—
Estaréis contentos, ¿verdad?

La Madre. Considera. Estamos orgullosísimos. Le daremos paga doble durante todo el año.

Martina. ¡Caramba! ¿Y a mí?

La Madre. Hija mía, a ti también, si te suspenden el año que viene. —Martina pone un gesto de enfado. La Madre le mira con aire compasivo— Bueno. Ya te daremos un adelanto.

La mujer. Toma Fermín. Que seas muy feliz. —Le regala un botijo de agua fresca—

Fermín. Me encantan los pianos. Sobre todo los pianos de cola. —Bebe en el botijo y lo deja en la mesa. Otros invitados beben también—

Martina. —Con coquetería— Sí. Es uno de nuestra familia. A mí también me suspenderán el año que viene.

El soldado. ¡No fastidies!

Martina. ¿Qué te habías pensado?

El soldado. Me sé una poesía.

El Abuelo. Cuidado. Puede haber cagones y les moles bien las poesías antes de comer.

Martina. —Dirigiéndose al soldado— Toma, pues. Y ven. —Le da un trozo de queso y se lo lleva de la mano—

Un ciclista. Traigo un telegrama de felicitación de los Reyes Godos. *El Abuelo.* Que amables. ¿Han descubierto América ya?

Ciclista. Les falta un poco. Esperan a la feria de Septiembre para dar la noticia. —Entran varias personas, se saludan, se dan abrazos. Uno de ellos, grande y fuerte, se dirige a La Madre—

El Rompedor de juguetes. Soy el gran rompedor de juguetes. Me han dicho que aquí habría muchos. ¿Los tienen preparados? Rompo juguetes de todas clases.

La Madre. ¿Quién le envía?

El Rompedor. El Banco Financiero de Financiación.

La Madre. ¿Para qué sirve su trabajo?

El Rompedor. Para poder hacer mayores rebajas el año que viene.

Una niña. Yo también quiero. ¿Podría romperme mi muñeca?

El Rompedor. —Coge la muñeca y la mira emocionado— ¡Qué bonita es! ¿Puedo darle un beso? Mi hijo tiene una parecida.

La niña. ¿Y no me la podrá usted romper?

El Rompedor. Me temo que no. He perdido las herramientas.

La niña. ¡Qué alegría! —Le da un abrazo al Rompedor. Luego se queda pensativa— ¿Se quedará usted sin empleo?

El Rompedor. Casi seguro. Todo lo hago mal. —Sigue entrando gente de todo tipo. Cogen comida y bebida, hacen corrillos—

La Suspendedora. —Se dirige a La Madre— Buenas tardes. Soy la profesora que ha suspendido a Fermín. Qué encanto de chico. ¿Llego tarde?

La Madre. —Dándole una palmada en el hombro!— ¡Fenómeno! Por fin ha llegado. Creí que se le olvidaría. Fermín se pondrá muy contento. Pero, dígame: ¿le resultó muy trabajoso suspenderle?

La Suspendedora. No crea. Le pregunté por la capital de Bolivia y me contestó que El Pez.

Una pareja recién llagada, que ha escuchado, parece escandalizarse *Señora I.* —Hablando aparte— ¡Qué vergüenza!

Señora II. ¡Qué vergüenza! Ramona. Donde iremos a parar. No saber la capital de Bolivia. Qué barbaridad... Oye. ¿Cuál es la capital de Bolivia?

Señora I. Qué cosas dices, María. Cállate y no hagas tantas preguntas. —Se oye música de charanga—

Una voz. Atención. Que llega. El Inspector Real de Suspensos. —Se ve un desfile en el que detrás de los músicos hay un personaje sumamente disfrazado. Tanto como un Cardenal o un hechicero o un militar tercermundista, aunque distinto. Va escoltado por seis personas más, también disfrazadas—

El Abuelo. —Dirigiéndose a Fermín, La Madre y la suspendedora— Este viene a amargarnos la fiesta.

La suspendedora. No creo que pueda decir nada. Todo está en regla. *Fermín.* Cuidado, que ya llega.

El Inspector Real de Suspendos. ¿Quién ha organizado esta fiesta?

El Abuelo. Las perdices del monte.

El Inspector. ¿Y con qué permiso?

Fermín. Con el de las codornices del valle.

El Inspector. ¿Me toma usted el pelo?

La Madre. —Se sube encima de la mesa. Levanta el sombrero al Inspector, que es absolutamente calvo— Imposible.

El Inspector. Ya pueden ir desalojando todo. El suspenso no es auténtico.

La Suspendedora. ¿Que no es auténtico? Se lo puse yo.

El Inspector. Y usted. ¿Quién es?

La Suspendedora. Soy la profesora de Geografía—Mientras la conversación se va haciendo cada vez más violenta, los invitados, excepto la pareja que se escandalizaba, se van preparando con tomates, huevos, agua y pasteles, para lanzarlos en su momento. Martina y el soldado, que aparecen de la mano, se sitúan detrás del Inspector con la intención de bajarle los pantalones—

El Inspector. ¿Tiene usted el título oficial?

La Suspendedora. Tengo una tía en Alcalá.

El Inspector. Pues queda anulado el suspenso, por orden de mi autoridad. —Los invitados lanzan el agua, los pasteles y frutos contra el Inspector. Este alza los brazos y se le caen los pantalones. Momento que aprovechan Martina y el soldado para bajarle unos ridículos calzones y dejarle el culo al aire, con el tatuaje de los cagones. En ese instante El Abuelo se asusta y lanza al aire sus zapatos, los cuales son recogidos por dos invitados, que salen corriendo con ellos. El Inspector enfurecido da orden a los de su escolta— ¡A la carga! Hay que detenerlos a todos. —Cada cual sale corriendo por donde puede—

Escena 8ª

En un calabozo con rejas. Está detenida toda la familia
Martina. Lo importante, Abuelo, es que no te han podido estropear los zapatos. Ya estarán escondidos en un sitio seguro. ¿Crees que podremos escapar de aquí?

El Abuelo. —Descalzo, con calcetines— Me preocupa lo fea que es esta cárcel. No sé por qué hacen las cárceles tan feas. Vamos a decorarla. —Cada uno saca del bolsillo un tubo de pintura y se ponen a decorar. Dan churretones en la pared, que extienden con la mano—

Fermín. Pásame el verde.

Fin de la escena